

## APERTURA

Daniel Lesmes

Hay en cada ciudad, en cada núcleo de población, lugares de apariencia maltratada que, sin embargo, rezuman una extraña belleza. Su singularidad procede de una suerte de acumulación sin propiedad que profana las leyes de lo público y lo privado. Siempre excesivos, incluso hirientes a nuestros ojos, pueden volverse grotescos cuando sólo se ve en ellos los restos de una fiesta a la que jamás se nos invitó. Sobre sus muros resuenan gritos de júbilo como ecos de una algarabía que aún no alcanzó a despertarnos, susurran allí los amores en cortezas de árbol, como heridas que nunca acabarán de cicatrizar. Es en estos lugares donde con más intensidad se puede sentir lo colectivo latente como pesadilla del «orden público», como el rebrotar de un sentimiento oceánico que siempre amenaza con desbordarse. Sin embargo, también en ellos se ofrecen señales de una intimidad que trasciende con mucho nuestros «asuntos privados»; una intimidad que, en vez de oponerse a lo colectivo, acoge su formación en horas clandestinas, siempre a salvo de las miradas vigilantes, bajo el parapeto de una complicidad que se muestra como el primer indicio de la revuelta.

¿Acaso os preguntaréis qué revuelta es ésa que merece ser llamada «íntima»? Para entendernos cualquiera de estos lugares podría ser un buen punto de partida, aunque no a cualquier hora se puede seguir en ellos el rastro de lo íntimo. Si se quiere encontrarlo, hay que caminar mucho hasta dar con la hora precisa; al menos es esto lo que me enseñó Aurore Valade: hay que caminar hasta que la ciudad recobre su cualidad originaria de laberinto, caminar hasta alcanzar alguno de los hilos que la memoria a veces deja entrever, pues lo que en la intimidad se revuelve es esa memoria vuelta otra vez.

Algunas lenguas de origen latino aún dejan ver este sentido de la palabra «re-vuelta» que Julia Kristeva relaciona con un retorno de lo arcaico fuera del tiempo lineal<sup>1</sup>. Se trata de un «desplazamiento del pasado» en el que se reactualiza, por así decirlo, el momento de una transgresión que se deja sentir, en primer lugar, sobre la sólida construcción del tiempo cronológico, el tiempo que concatena causas y consecuencias, el tiempo que «encadena» un instante con otro. Al llegar de improviso, lo que esa memoria nos muestra es que nuestro tiempo es poroso, que está lleno de ranuras por las que el pasado se infiltra. Hay que leer así las palabras que se deslizan en estos lugares de los que hablo, leerlas incluso atendiendo al instante en que el lenguaje surge como una declaración que, sin apenas sospecharlo, se dirige a mí desde un nos-otros. Porque, tal vez, lo que vuelve en la revuelta es esa capacidad de leer lo que de otra manera nadie habría escrito, quizás el encuentro fugaz e inesperado en el cual me reconozco en la apertura de aquello que en mí es «lo más interior», lo íntimo.

Conocí a Aurore desde el momento en que me describió este tipo de experiencia. En Madrid, caminaba ella por uno de esos barrios de aspecto abandonado, en los que parece que todo ha sucedido antes de nuestra llegada. En el pavimento se mezclaban las hojas caídas de los árboles con papeles desprendidos de tabloneros de anuncios improvisados, palabras revueltas cuyo sentido se desplazaba de manera desconcertante entre los panfletos políticos y una publicidad más o menos casera. Lo que en otro momento le hubiese pasado inadvertido, entonces se presentó con una intensidad sorprendente: en mitad de aquel silencio apagado, en medio de ese abandono del lugar, aquellas palabras interpelaban a su memoria, le hablaban desde más atrás de lo que en efecto decían: «Queremos cambiarte la vida por completo».

---

<sup>1</sup> Vid. KRISTEVA, Julia, *Sens et non-sens de la révolte*, Éditions Fayard, 1996.

Extraño es el modo en que las palabras se desprenden del tiempo que pretendía darles sentido, extraña es la manera en que se escabullen de su contexto inicial. También así escapa quien alcanza a leerlas de esta otra forma ajena siempre al espectáculo y a la publicidad, como si no se dirigiesen al que yo soy en este preciso momento, al «yo» privado o al «Yo» público, sino a un otro muy anterior que habita en mí y que permite que me abra en la intimidad. Es en esa misma apertura –la que aún nos permite ser íntimos– donde encuentra lugar esta revuelta, cuyo sentido se halla, como dice Kristeva, en esa dignidad del sujeto que alcanza su autonomía renovando su vínculo con los otros<sup>2</sup>. De hecho, sin esa revuelta íntima apenas podríamos hablar, quedaríamos permanentemente sujetos a la infancia, y esto en su sentido literal, es decir, a la *in-fantia* de aquel que no habla, o mejor, de aquel que se sitúa en el umbral que une y separa los sonidos de la pura lengua y el discurso.

La infancia es el lugar en que estas revueltas se fraguan, y donde aún pueden ser concebidas. En realidad, esa infancia, a la que de forma muy temprana Aurore prestó su atención, no deja de ofrecérsenos en la experiencia de una apertura que constituye, entre risas y gritos, entre alborotos e incluso groserías de niños, el espacio en que lo humano preserva su animalidad específica, su intimidad<sup>3</sup>. Su estruendo, el estallido de su alegría o de su tristeza, no alcanza a ocultar su extrema fragilidad. Pero a pesar de ese carácter enormemente vulnerable –o precisamente gracias a él–, hemos de reconocer que sólo en este espacio podemos empezar a contar nuestra historia. Es más, se diría que no hay historia sin infancia, ya que la historia es, de todo punto, ese salir de la infancia que apremia a volver una y otra vez a ella. Sin embargo, esta historia reclama algo más que el simple sonido de una palabra: también exhorta la capacidad de construir las imágenes que las palabras nombran. Al fin, todo cuanto pueda haber de histórico en la idea de revuelta, tal vez comience en este punto en el que un «yo» cobra autonomía, precisamente cuando comienza a hablarle a otro y siente emerger, desde esa singular conversación, su propia imagen.

Visto así, el trabajo de Aurore no podía desarrollarse mas que entre la palabra y la imagen, como tampoco podría partir de otro punto que no fuera la conversación. «Con-versar» significa ir con otro, aunque aún no sepamos si es «hacia aquí» o «hacia allá», pues es la paulatina construcción de ese «hacia» lo que ofrecerá un sentido a la conversación. Alguien a quien me siento muy afín ha escrito que «la intimidad está ligada al arte de contar la vida»<sup>4</sup>; lo cierto es que, si esa vida que contamos en la intimidad se relaciona con el arte, es porque nunca está clausurada en sus datos. Muy al contrario, cuando se cuenta así, también se construye, también la imaginamos. Y es así como surgen las fotografías de Aurore. Se suele decir que los fotógrafos se ocupan de aquellas cosas que están continuamente desapareciendo; aunque en su caso yo invertiría la afirmación sin perder un ápice de su fragilidad. Porque Aurore se ocupa de lo que continuamente aparece, y, sobre todo, de lo que aún podríamos hacer aparecer como un porvenir.

---

<sup>2</sup> Cfr. KRISTEVA, Julia, *La révolte intime*, Paris, Éditions Fayard, 1997, p. 16.

<sup>3</sup> Cfr. PARDO, José Luis, *Políticas de la intimidad*, Madrid, Escolar y Mayo, 2012, p. 10.

<sup>4</sup> PARDO, José Luis, *La intimidad*, Valencia, Pre-Textos, 1996, p. 29.